

PREMIOS NACIONALES DE PERIODISMO

veintidós **CARACTERES**

Jacqueline Hott Dagorret
Consuelo Larraín Arroyo
EDITORAS

AGUILAR



UNIVERSIDAD
FINIS TERRAE



RENÉ
SILVA ESPEJO

René Silva Espejo (1957):

MAESTRO MERCURIAL Y DEFENSOR DE LIBERTADES

«Cuando ya no pudo ir al diario, cada día nos preguntábamos ¿y qué diría don René de esto, y qué pensaría de aquello?». Lisandro Cánepa, ex editor nocturno y jefe de crónicas de *El Mercurio*, detiene sus recuerdos para agregar una frase que repite en forma constante: «¡Era un ser tan especial!». ¹

La partida de René Silva —el 27 de junio de 1980— se fue anunciando de a poco. Estaba sin fuerzas y abatido por su columna vertebral, de la que se había operado sin éxito en 1978. Hasta que Agustín Edwards le dijo: «Quédate en la casa, René». «Lo íbamos a ver, lo acompañábamos un rato hasta que un día partió», comenta Cánepa moviendo la cabeza con pesar.

«Estuve con él hasta las ocho de la tarde del día anterior... aunque estaba sufriendo, permanecía lúcido: en un murmullo, me decía al oído: 'mándeme esta carta, llame a fulano...'. 'Sí, don René, mañana', le contestaba yo», cuenta el periodista Ramiro de la Vega², quien fue su secretario en *El Mercurio*.

Terminaba de ver un programa periodístico en la televisión, cuando sufrió un paro cardíaco, pasado el mediodía de ese 27 de junio.³ Lo acompañaba su mujer, Elena Diessel, y al poco rato llegaron su hija Ximena y las nietas regalonas. El funeral congregó a miles de personas. Mientras el féretro bajaba a la tumba, Arturo Fontaine Aldunate, el nuevo director del matutino, señaló: «La familia de *El Mercurio* se inclina reverente ante los restos de un gran hombre».

«Fue como un segundo padre para mí; al argumentar, me enseñó a ser abierto y tolerante: él siempre presentaba un camino que debilitaba la primera idea y abría nuevas posibilidades...», señala su ex secretario y amigo, hijo de otro Premio Nacional, Daniel de la Vega.

SU IMPRONTA

Sencillo en el trato, René Silva Espejo fue un jefe de andar pausado que no interrumpía, escuchaba y «fraguaba mucho las decisiones». ⁴ «Por su extraordinaria calidad humana», ⁵ dejó una impronta indele-

ble en quienes trabajaron con él; y también por su talento. «A mi juicio es el mejor periodista que ha habido en Chile; sabía actuar como director, subdirector, redactor, y era un excelente reportero», argumenta Lisandro Cánepa.

Este profesor de castellano, hincha del Colo Colo, en lo físico nunca llamó la atención: «No era ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, no era elegante pero tampoco iba mal vestido». ⁶ El mote de «El colorado Silva», que calzaba con su cara rubicunda y redonda, se lo pusieron algunos de sus apasionados enemigos políticos. Durante más de veinte años combinó las labores de dirección con la redacción del editorial y su columna Día a Día. Bajo el seudónimo de Junior, en unas pocas pinceladas reflexionaba sobre las cosas simples en un estilo ágil, liviano y a veces jocoso.

«Como escritor y periodista era agudo, incisivo, sensible. Su estilo era inteligente y reflexivo. Su manejo del idioma era extraordinario», ⁷ señala Cristián Zegers, otro de sus discípulos, también Premio Nacional (1989).

«Dios me puso sobre vuestra ciudad como un tábano sobre un noble caballo: para aguijonearlo y mantenerlo despierto...», diría Sócrates y con él, este profesor de castellano diestro en el manejo de la pluma y hábil polemista, que hizo del periodismo la pasión de su vida.

Arturo Fontaine, por su parte, cuenta que en 1963, al poco tiempo de ingresar al diario, Silva se reincorporó luego de una enfermedad. «Inmediatamente me di cuenta de que había llegado el director de orquesta, ya que todos le obedecían como sus músicos (...). Era fiero cuando quería, pero apoyaba a sus amigos hasta el final, algo muy noble por lo demás».⁸

Profesional completo y complejo, «dominaba con claridad las materias políticas, económicas y educativas, especialmente las internacionales. Como director defendió la libertad de prensa, la económica y la de las personas», arguye el actual editor de documentación del decano de la prensa,

Guillermo Canales, para quien Silva Espejo reunía todas las cualidades de un gran periodista: visión aguda, amplia cultura y una gran solidez de principios.

Sus ex colaboradores destacan también una virtud poco frecuente: «Sabía reconocer sus errores y rectificarlos». Lisandro Cánepa cuenta que una vez, cuando él era editor nocturno de *El Mercurio*, al llegar al taller le llamó la atención un título de primera página muy malo. «Me lo cambian ahora mismo», le señaló al jefe de taller, quien no pudo evitar comentar: «¡La que se va a armar mañana, lo ordenó don René!» Al día siguiente Silva Espejo vio el diario y exclamó: «¡Qué título tan bueno, bien por el que lo cambié!».

Dueño de una personalidad de múltiples aristas, muchas de ellas aparentemente paradójales, René Silva fue un hombre de lento caminar y hablar, pero de rápidos y eficientes resultados.

Junto a su extremada prudencia ('soplado', según algunos), convivió un temperamento audaz y decidido. Espíritu abierto y comprensivo, a la vez que riguroso y severo. Creativo, mordaz, fácil, estricto, generoso son algunos de los epítetos que mencionan quienes lo conocieron íntimamente. ¿Su estampa? La de un apasionado-frío, espadachín de la palabra, que nunca olvidó reírse de la vida y de sí mismo, aunque sin perder el decoro.

CON LA 'VIADA' DEL SISMO

Mientras gobernaba Chile el liberal Germán Riesco, algunos salones de Santiago se iluminaban con la luz eléctrica y el país sufría la epidemia de la viruela,⁹ en Antofagasta, Ema Espejo Ibáñez daba a luz el 17 de marzo de 1904 a René, segundo hijo de su matrimonio con el oficial de marina Manuel Silva Ávalos. En



Autoridades de la Universidad de Columbia le entregan el Premio María Moors Cabot en 1958.

total fueron cinco hermanos: Eugenio, él, Hugo, Olga y Eliana.

Su padre les contaba historias de navegantes, una de las cuales lo tuvo a él como protagonista, cuando tenía solo diecinueve años y era un joven guardiamarina. Era abril de 1891. La ciudad de Caldera había caído en manos de la flota opositora a Balmain. El comandante de batería de uno de los modernos destructores (el Lynch y el Condell) le ordenó disparar. De un solo y certero torpedazo hundió al Blanco Encalada, a bordo del cual se hallaba el presidente Ramón Barros Luco, que se salvaría tomado de la cola de una vaca.

Como familia itinerante de un oficial de la Marina, los Silva Espejo debieron trasladarse a la Quinta Región, sin sospechar del remezón que los esperaba la madrugada del 17 de agosto de 1906. El terremoto destruyó barrios enteros y dejó alrededor de tres mil muertos. En Valparaíso y con apenas dos años, René sufre esta traumática experiencia que luego recuerda con humor: «No puedo ser tranquilo porque me pilló el terremoto de 1906. Me quedó la viada del sismo».¹⁰

En 1912 la familia emigra a la capital. Al finalizar sus estudios secundarios en los Padres Franceses de Valparaíso el año 1922, René ingresa al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. En la Facultad de Filosofía y Letras descubre su verdadera vocación y conoce a su primera mujer, Marta García.

«SENTÍ QUE ERA PROFESOR SIENDO PERIODISTA»

Mientras estudiaba, el joven Silva ocupó diversos puestos en el Ministerio del Interior, donde recorrió la escala administrativa hasta llegar a

Jefe de Sección. De vida universitaria intensa, participó en la Federación de Estudiantes e incluso fue vicepresidente. Se casó a los diecinueve años, y desde 1925, ya con una hija en camino, ejerció cargos docentes hasta que en el año 30 pasó al Ministerio de Educación como Jefe del Departamento de Personal.

En 1927 egresa con el título de profesor de Castellano y Filosofía, mientras en forma simultánea colabora en algunos periódicos. La crisis económica de 1929 repercutió fuertemente en Chile. Dentro de este clima, René Silva es nombrado subsecretario de Educación de Carlos Ibáñez del Campo en 1931, cargo al que renuncia luego de siete meses para dedicarse por entero al periodismo. «Siempre sentí que era profesor siendo periodista»,¹¹ señalaría más tarde.

Ese mismo año asume la dirección del diario *El Imparcial*, que tres años más tarde cierra por falta de financiamiento. En 1934 funda y dirige *Trabajo* y luego repetirá la experiencia con *El Sol*, en 1935. «Es el diario que más trabajo me dio», recordaría. «Lo hacíamos en la maquinaria vieja de la empresa Zig-Zag. Me daba medianoche en los talleres».¹²

Lo que calla es el espíritu nacista del tabloide, tendencia que Silva abrazó por un corto lapso. «Duró poco en eso», confirma Ramiro de la Vega.

Sin abandonar la prensa, en 1935 ingresa a la Sociedad Nacional de Agricultura, y llega en 1942 a Secretario General. Como miembro de la SNA, Silva impulsa la creación de una radio de la institución, en 1943. Allí, junto con Rafael Cabrera Méndez y Fernando Ortúzar Vial dieron vida a Tertulia, cuyos conductores no se identificaron por sus nombres reales, sino como Tulio, Tertulio y Contertulio.

Su intervención en el programa lo proyectó hacia una masiva audiencia que valoraba la fuerza de sus argumentos. No solo se trataban temas agrícolas; también había foros políticos, información internacional y cultural. El espacio, que duró apenas un año, fue calificado como uno de los mejores de la época. No tenía libreto, era una improvisada conversación de amigos. «Creo que es lo mejor que ha existido en el país. (...) Muchas veces se intentó imitarla, pero nunca se llegó a la naturalidad, a la falta de afectación, a la ausencia de tono declamatorio, que tenía la audición. René Silva —como los otros— se movía allí como un pez en el agua».¹³

EL SERIO DIRECTOR...

EN FAMILIA

René Silva se separó a los siete años de matrimonio. «En el fondo Marta sintió una soledad sensible»,



En plática con el Presidente Eduardo Frei Montalva, amigo cercano, con quien muchas veces compartió desayunos en *El Mercurio*.

dirá Ramiro de la Vega. «Además de intelectual, mi abuelita era muy casera», señala su nieta Constanza Lewis Silva.¹⁴ «No le gustaban la reuniones sociales, era distinta... y el matrimonio se fue congelando».

Aunque separado, René Silva Espejo jamás se desentendió de la familia: siempre se preocupó de su hija Ximena —autora del libro de poemas *Tierra herida*— quien lo haría abuelo muy joven de tres nietas a quienes adoraba: Constanza, Cecilia y Gloria.

Ya mayor se casó con la viuda Elena Diessel, quien lo cuidó en sus últimos años, aunque en su juventud tuvo numerosas amistades femeninas y algunos romances: «Lo llamaban montones de admiradoras, pero prefiero no hablar de eso», dice su nieta. «Era encantador con las mujeres, con una chispa y gracia tremendas...», confirma Ramiro de la Vega.

«Fue un abuelo chocho, nada de estricto como puede haber sido en el diario... aunque me imagino que a sus empleados los trataba bien, porque siempre lo visitaban, desde el más humilde al más encumbrado», confiesa Constanza Lewis.

«En casa leía mucho —prefería la literatura francesa y española y los poemas de Rubén Darío— y después de almuerzo se relajaba escuchando buena música. Los vales le encantaban. Y las voces *sexy* como las de la brasilera Maissa Matarasso. Cuando había tertulia poníamos al pianista George Feyer, despacito, para ambientarse».

Con su amigo Coke se juntaba casi todas las semanas a compartir una cazuela de ave. «Era su plato predilecto, además de los porotos granados», señala Constanza.

UN HOGAR EN *EL MERCURIO*

René Silva Espejo se incorpora como redactor al matutino de los Edwards en 1946. Seis años más tarde es nombrado subdirector, en 1961 es elegido presidente del Colegio de Periodistas y en 1963, cuando muere Rafael Maluenda, lo sucede en la dirección de *El Mercurio*.

En plan de broma, Luis Sánchez Latorre (Filebo) comenta que, como segundo de a bordo,

«adquirió la costumbre, no sé si por mimesis, de caminar topándose con los muros o las barandas de los pasillos. Elaboré así la tesis estafalaria de que para llegar a la dirección del diario más importante de Chile, nacido en Valparaíso, había que caminar como marinero en tierra...».¹⁵

Sus primeros trabajos fueron en defensa de la libertad económica y personal. Uno de los escritos iniciales era una campaña en contra del Tratado de Unidad Económica, propuesto por el gobierno de Juan Domingo Perón al de Gabriel González Videla. Sus argumentos, en los que ponía de relieve la potencialidad de Chile como nación, consiguieron que la propuesta quedara dormida



«Como escritor y periodista era agudo, incisivo, sensible. Su estilo era inteligente y reflexivo. Su manejo del idioma era extraordinario» (Cristián Zegers).

para siempre en los archivos de la Cancillería.

Al poco tiempo comienza a escribir la columna Día a día, que abandonaría solo al final. Una selección de estos pequeños editoriales fue recopilada y editada por Zig-Zag en 1961, con ilustraciones de Coke.

La columna se transformó en un espacio de polémica, de crítica, de advertencia, que siempre mantuvo el tono ligero e irónico, que obligaba a sonreír y a meditar. Su humor estuvo inspirado en Sócrates y su tábano sagrado¹⁶: «Dios me puso sobre vuestra ciudad como un tábano sobre un noble caballo: para aguijonearlo y mantenerlo despierto».

En ella cantó al amor, a la amistad, al tango, a ciertas mujeres del siglo XVIII. Escribió sobre Montaigne y Pascal, también sobre Sócrates y Platón. Imaginariamente se paseaba por Roma, el Mediterráneo, Grecia y en todos los lugares captaba la belleza de las cosas simples.

EL CORONEL N.N.

El país fue convulsionándose. A fines de los años 60 surgían los grupos terroristas, las tomas de las universidades y la Reforma Agraria. Silva Espejo era el responsable del diario cuando se inició la campaña, apoyada por otros medios, con el lema de «*El Mercurio* miente». Aunque dolido, externamente no se inmutó.

El 13 de julio de 1967 *El Mercurio* publicó una carta titulada Suelos y FFAA. con la firma de Coronel de las Fuerzas Armadas, N.N. El autor planteaba la necesidad de revisar las rentas de los servidores públicos postergados, señalando que «existía efervescencia en la oficialidad joven». El presidente del Senado, Salvador Allende, pidió al minis-

terio del Interior procesar al director del diario por la publicación de una carta apócrifa.

Al iniciarse las diligencias en la Primera Fiscalía militar, el encubier-to Coronel N.N. concurrió a *El Mercurio* para expresar al director que si el periódico estaba en peligro de sanciones, él lo liberaba de la obligación de guardar el secreto profesional. Silva Espejo agradeció el gesto, pero se negó a romperlo y enfrentó el proceso que duró cuatro meses. El fiscal emitió una resolución declarándolo reo y disponiendo su detención.

Su defensor fue el conocido penalista Miguel Schweitzer Spaisky. «El fiscal militar de la época —cuenta su hijo Miguel Alex, actual abogado de *El Mercurio*—, conocido como el Fiscal de Hierro, determinó que la carta afectaba la seguridad interior del Estado. Citó a declarar a Silva Espejo conminándolo a revelar la identidad del Coronel N.N. Silva manifestó que debía mantener el secreto periodístico».

El abogado le argumentó que el secreto profesional no cubría a los periodistas, sino solo a las carreras llamadas titulares: «Don René mantuvo su línea de que la libertad de prensa se basaba en la garantía del periodista de mantener la reserva de sus fuentes. El Fiscal de Hierro lo arrestó con el objetivo de investigar la denuncia mientras el juicio se llevaba a cabo».¹⁷

Schweitzer acudió ante la Corte Marcial, invocando la doctrina del secreto periodístico. Señaló que «la profesión de la prensa es una de aquellas que, por ley, actualmente requiere título y que ha sido incorporada a la enseñanza universitaria», añadiendo que el artículo 201 del procedimiento del Código Penal ex-

cusa de la obligación de declarar «a aquellas personas que, por su estado, profesión y función legal, como los abogados, médicos, confesores, tienen el deber de guardar el secreto que se les ha confiado y que ésta es la situación en que se encuentra mi defendido».

Con su discurso el abogado consiguió que se acogiera por unanimidad la petición de libertad incondicional e inmediata del detenido, revocando la encargatoria de reo. Fue una de las primeras causas en reafirmar que el secreto de la información y de la fuente de un periodista era un estado protegido.

LA VIDA COTIDIANA:

«DESPACIO QUE TENGO PRISA»

René Silva Espejo dirigió *El Mercurio* con mano férrea, pero es recordado con cariño. Saludaba a todos detenidamente. «Incluso se sabía los nombres de los guardias», recuerda la periodista Carmen Gardeweg. «Era medio picarón, pero serio. Para nosotras fue como un tata, con su caminata lenta, sus chalecos largos...».¹⁸

«Despacio, que tengo prisa»: este antiguo refrán parecía calzarle a la medida. «Lo extraordinario es que a pesar de su aparente lentitud, todo le salía en el tiempo exacto», acota el periodista Héctor Espinoza. Su jornada, que no tenía término, comenzaba temprano en la casa, con la revisión de la prensa. Solía despertar a sus colaboradores a las seis de la mañana con alguna inquietud que quería despachar temprano. «Estaba siempre unido al periódico. No importaba si era de día o de noche».¹⁹

«Él se demoraba mucho —recuerda Cristián Zegers— desde que tomaba el ascensor o subía la escalera

de mármol del edificio de Compañía. En cada pasillo conversaba con los periodistas. Cuando se dirigía al taller, también se detenía a contestar preguntas».

En 1966 Silva invitó a colaborar a *El Mercurio* a uno de sus grandes amigos, el dibujante Jorge Délano (Coke), quien inició su serie de carboncillos, dotados de humor y arte. Un año más tarde nace Don Memorario, personaje de Renzo Pecchenino (Lukas), lo que agrega una nota refrescante al diario.

Uno de sus frecuentes invitados a los desayunos en el periódico era el presidente Frei Montalva, con el que siempre se llevó bien. Con el presidente Allende, por el contrario, se tuvieron mutua antipatía, a pesar de la política mercurial de apoyar las iniciativas gubernamentales. «El gran mérito de Silva Espejo fue mantener una línea editorial con una posición coherente, no influida por los dueños del periódico ni las autoridades o grupos de intereses», aclara Schweitzer.

En 1957 ganó el Premio Nacional de Periodismo junto a la periodista Lenka Franulic y el fotógrafo Heliodoro Torrente. Un año antes había sido galardonado con el Premio Mergenthaler de la Sociedad Interamericana de la Prensa. En 1958 recibe el María Moors Cabot, de la Universidad de Columbia, EE.UU. Poco después, en 1961, es condecorado con la medalla Legión de Honor por el gobierno de Francia y en 1970 le otorgan el premio Alberdi-Sarmiento de *La Prensa* de Buenos Aires.

«No era muy efusivo; el día que recibió el Premio Nacional estábamos esperándolo con una torta y café. Apareció, nos saludó amistosamente y se fue a su oficina»,²⁰ recuerda Luis Deramond, jefe de fo-



Como padrino de matrimonio de su nieta Constanza Lewis Silva, entrando a la iglesia El Bosque.

tomecánica de *El Mercurio*, quien lo define como «afable, incisivo y de pocas palabras».

Cristián Zegers recuerda el día en que Julio Iglesias, en tenuta deportiva, llegó a visitar al director en su despacho. El ojo avizor de René Silva se fijó en un pequeño detalle: «¡Anda sin calcetines este hombre!». La formalidad de Silva Espejo no entendía cómo alguien podía andar con zapatos de vestir y sin calcetines.

Luis Sánchez Latorre, Filebo, amigo suyo y también Premio Nacional, añade: «René Silva Espejo, de apariencia fría, glacial, impávida, no solo trabajaba de inteligente. Era inteligente».²¹

Cada redacción de su artículo editorial era una tarea interminable. Obsesionaba a René Silva Espejo la exactitud en el manejo del idioma. «Pertenecía a una época y a un conjunto de servidores de la prensa para los cuales, como en los viejos letrados chinos, el dominio de la palabra representaba el dominio de la inteligencia»²², señala Sánchez Latorre.

EL ARTE DE LA CONVERSACIÓN

Las tertulias de los martes en casa de René Silva Espejo fueron célebres. «Convidaba a personas elegidas, no más de seis u ocho cada vez. Cuando empezó a enfermarse, dejaba de hablar y escuchaba...», confidencia uno de sus asistentes.²³

Su nieta Constanza rememora: «Sus amistades eran de todos los colores políticos. Augusto Olivares estuvo comiendo en nuestra casa. Era amigo de Gustavo Campaña y de Santiago del Campo. Fue un hombre muy abierto, respetuoso de otras ideas».

Las tres hermanas Lewis Silva —Constanza, Cecilia y Gloria— vivieron con su abuelo en Rafael Cañas con Providencia cuando sus padres se separaron y la madre se volvió a casar. «Yo llegaba de mi trabajo y él a veces me dictaba sus editoriales. De repente le preguntaba: 'Tata, ¿qué le parece este cambio?' 'Pongámoslo' me respondía. ¿Se imaginan? Era una mocosa metida, ¡tenía solo diecisiete años!», ríe Constanza.

Corregir hasta el cansancio era una de sus mañas: «A veces al irse me llamaba —señala Ramiro de la Vega—: 'No alcancé a revisar el editorial, ¿le puede echar una mirada?'. A la una o dos de la mañana sonaba el teléfono: 'Ramiro, perdóneme, ¿me podría leer el editorial? A ver, repítame eso. ¿Cómo le suena a usted?' 'Está muy bien, don René', le decía somnoliento. 'No me gusta' insistía. Y empezaba a hacer el párrafo todo de nuevo; la idea completa. Me dictaba y yo copiaba a toda carrera».

De la Vega confiesa nunca haberse enojado con su jefe: «Me trataba como una seda: 'Usted tiene criterio para salvarme de los empalagosos', me decía. Porque llegaba la gente haciéndole la pata. Las niñas con flores,

los hombres con libros: 'don Renecito, tal cosa'. Lo buscaban para ganar una posición y él no se comprometía, no les decía que no, pero al final se imponía su premisa de no apoyar nada que encontrara malo».

DÍAS DE TURBULENCIA

El atentado contra René Schneider, comandante en Jefe del Ejército, acaparó la portada de *El Mercurio* el 23 de octubre del 1970. Un año más tarde, muere también asesinado a sangre fría el ex ministro del Interior del gobierno de Eduardo Frei Montalva, Edmundo Pérez Zujovic.

René Silva Espejo en su columna diaria llamaba a la tranquilidad. Un editorial escrito el año 1971 concluía: «...Es claro que *El Mercurio* es un testigo incómodo para todo el que quiera alterar nuestro sistema institucional o comprometer las libertades públicas. Su voz tranquila, y no exenta de firmeza cuando la ocasión lo exige, influye sobre la opinión nacional y logra a veces moderar propósitos».²⁴

«Para Allende *El Mercurio* era un bastión de la oposición absolutamente contrario a su gobierno. Se hicieron toda suerte de gestiones para cerrarlo, así como durante la época de la Unidad Popular se intentó expropiar La Papelera —de ahí el slogan *La Papelera NO*— con el fin de controlar a la prensa a través del control del papel», señala Miguel Alex Schweitzer.

Héctor Espinoza fue testigo di-



Pese a su fama de frío y racional, en la intimidación supo demostrar con fuerza su cariño a los más cercanos. Aquí en el estadio con sus bisnietos, hijos de Constanza Lewis Silva.

recto de un ataque frontal que realizó el presidente Allende en contra de *El Mercurio*, y que reveló una gran animosidad personal de él hacia este medio: «Como reportero de La Moneda asistí a una conferencia de prensa en la que Allende realizó una diatriba virulenta contra *El Mercurio*. Cuando llegué al diario me llamó el director:

—Héctor, ¿qué dijo el Presidente?

Consulté mis apuntes para ser preciso y le respondí. Luego le pregunté: —¿Va a cambiar el editorial?

—No —me respondió—. Por primera vez vamos a llevar un editorial en primera página.

Él era así: rápido y oportuno para tomar decisiones».

El 20 de junio de 1973 el diario publicó a página completa una inserción del Partido Nacional, con la firma de Sergio Onofre Jarpa, titulada «Don Salvador Allende ha viciado su mandato constitucional en el ejercicio de su cargo». El texto concluía que el régimen de Allende se caracterizaba por «el intento de silenciar los medios de difusión que

discrepan del gobierno; la destrucción moral mediante difamaciones» de quienes se oponían a él y «las mentiras y calumnias de la publicidad oficial y las invenciones malévolas».

«El gobierno asume que (este texto) es sedición, una infracción a la Ley de Seguridad Interior del Estado y, a propósito de esa denuncia, persigue al *El Mercurio*. Se nombra un ministro en visita de apellido Moroni y el gobierno le pide que, junto con interponer las acciones, suspen-

da la circulación del periódico en forma indefinida. El ministro accede y decreta la suspensión».²⁵

Miguel Alex Schweitzer defendió la causa ante una sala de la Corte de Apelaciones integrada por los ministros Efrén Araya, Gustavo Chamorro y Emilio Ulloa. Tenía treinta y dos años y era su primer caso importante.

«Había dos opciones», continúa Schweitzer. «La primera, acatar la orden y dejar de publicar el diario por una semana hasta que se viera la apelación en la Corte Suprema y la otra, no acatar lo resuelto por el ministro hasta que este forzara la suspensión por la fuerza pública y ahí entonces ir a una apelación. Pensábamos que era tan aberrante la decisión que la Corte no iba a poder confirmarla, pero implicaba a lo menos un día sin circular. El riesgo era que si nos iba mal era una semana con el diario suspendido».²⁶

El 29 de junio de 1973 un grupo de la policía civil se presentó en *El Mercurio* y procedió a allanarlo,

pidiendo que se retiraran los trabajadores. La irrupción policial impidió la edición del diario *La Segunda* ese día y mantuvo clausurados *El Mercurio* y *Las Últimas Noticias* por más de cuatro horas.

Después de ese lapso, el general Mario Sepúlveda pidió a la policía que se fuera y se reanudaran las actividades de los periódicos. Al día siguiente el editorial, escrito por Silva Espejo, señalaba: «El allanamiento, desalojo y suspensión de nuestras actividades periodísticas son claramente ilegales. Si hay alguna duda además de que el gobierno infringe la Constitución, aquí está la visita policial a *El Mercurio* y los nuevos atentados a la libertad de expresión».²⁷

El alegato del joven abogado Schweitzer, ante una nutrida concurrencia encabezada por René Silva y Arturo Fontaine, calificó la medida de «arbitraria, precipitada y abusiva» y consiguió que la Corte de Apelaciones retirara, por unanimidad, los cargos en contra de *El Mercurio*. El diario pudo entonces reaparecer de inmediato. Entretanto se habían recibido centenares de adhesiones de distintos sectores —universitarios, políticos, gremialistas— de la capital y provincias. La noticia de la suspensión tuvo, además, amplia cobertura internacional.

Un mes más tarde, el 12 de septiembre de 1973, día después del golpe militar, *El Mercurio* volvería a interrumpir su edición a raíz del bando del nuevo gobierno de las Fuerzas Armadas de prohibir la circulación de los diarios. Más de sesenta militares ocupaban las oficinas de redactores, correctores y editores. Sin aviso, cambiaron los textos que no les parecían adecuados y muchas veces censuraron otros tantos.

«Cuando los militares intervinieron *El Mercurio* —recuerda su abogado—, René Silva Espejo aceptó a regañadientes, pero no tuvo ninguna posibilidad de objetarlo porque era una medida de fuerza. Lo que nunca aceptó fue cambiar editoriales y algunos textos, incluso salían pedazos en blanco para que todos se dieran cuenta de que estaban siendo censurados...».²⁸

SU LEGADO

Más allá de los elogios a su gestión, que algunos pueden no compartir —especialmente los sectores de izquierda que calificaban al diario y a su director como ‘sibilinos’—, René Silva Espejo tuvo las condiciones de un maestro: no mostraba el camino sino que buscaba que los otros descubrieran la verdad por sí mismos a través de sus preguntas dialécticas, en la línea del método mayéutico de Sócrates. «Se pone en juego la mente del lector y se da lugar a una gimnasia intelectual»,²⁹ explicaría.

Una de sus cualidades fue ponerse en el lugar de la persona que tenía al frente: «En eso nadie lo superaba. Si se trataba del Presidente de la República, le hablaba como Presidente; si era un mozo o un obrero, les conversaba como un igual».³⁰ «Era muy estimulante», recuerda Cristián Zegers. «Si un periodista lograba un acierto, se preocupaba de que tuviera un reconocimiento».

Durante su dirección, *El Mercurio* tuvo oportuna cobertura nacional gracias a una flota propia de camiones. René Silva fue también el mentor de lo que era entonces un novedoso experimento: organizó un diario más conciso, más corto, evitando el conocido sabaneó. Se preocupó de asignar los espacios para las crónicas, según su importancia. Ramiro de la Vega alaba su estilo: «Don René odiaba adjetivar, le gustaba escribir con precisión y si acaso hacía una metáfora, ocupaba caminos originales para llegar a ella».³¹

En 1963, bajo su dirección, se publica por primera vez el Suplemento

(Crónicas de Junior)

RUTINA

Si las palabras tienen rostro, el de la palabra rutina es viejo e inexpressivo. Sobre él se refleja el cansancio de los actos repetidos. Rodar y rodar por una ruta interminable, sin poder escapar de ella. Mecanizar actos o eludir la vigilancia de la razón.

Hay quienes confunden la rutina con la experiencia, encontrando en ambas la comunidad del pasado. Y son antagónicas. La experiencia es vida, tiene lazos con la inteligencia y la fantasía, nace de elegir entre varias cosas y quedarse con la que se conforma al sentido humano. La rutina carece de esos atributos; es estática, sin vida, irremisible en su ceguera. Cuando la experiencia se seca y pierde el propio perfume, se vuelve rutina.

Ser rutinario es renunciar a la arbitrariedad del espíritu y aceptar la esclavitud de los hábitos, mirar sin ver; caminar sin descubrir.

La rutina es precursora del maquinismo y lo sobrevivirá.

Dominical, antecesor de la Revista del Domingo. Incluía la crítica literaria semanal de José Miguel Ibáñez (Ignacio Valente), precedido en el centro de la crítica de *El Mercurio* por los célebres Alone y Omer Emeth.

En 1976 cumple uno de sus grandes sueños: la *Revista del Campo*, pionera en temas agrícolas. Un año después se edita un suplemento de espectáculos los días viernes; el primer perfil de la conocida revista *Wiken*.

Los avances y progresos de *El Mercurio* fueron reconocidos por la Universidad de Chile, que en 1976 lo nombra Doctor Honoris Causa con mención en Filosofía y Letras.

«No hay ninguna otra distinción igual que haya salido de la prensa chilena. Ojalá en el futuro haya otros. Es la designación que más me ha conmovido en mi carrera».³²

Era el epílogo. Dos años más tarde, en 1978, anuncia su retiro. «No

podíamos creer que estuviera enfermo, se veía tan sano», señala Luis Deramond. Pero se fue muriendo lentamente. Casi un año estuvo postrado en una silla de ruedas hasta que en junio de 1980, a los setenta y seis años, falleció en su casa.

En materia espiritual también fue algo enigmático. En su juventud, al parecer, era agnóstico. «Tenía respeto y consideraciones con los católicos, pero creo que confiaba más en el hombre que en las religiones», asegura Ramiro de la Vega. Pero su nieta Constanza cuenta que, ya enfermo, iba un sacerdote a darle la comunión todos los días. «Era una persona muy honesta consigo misma; si no hubiese creído no habría comulgado. Es cierto que no iba a misa ni hablaba de temas religiosos, pero creo que cuando se fue acercando a la muerte, se cuestionó...». De hecho, uno de sus grandes ami-

gos fue el sacerdote Eduardo Lecourt, el 'orador sagrado'.

A veintiún años de su muerte, la huella de René Silva no solo está viva en *El Mercurio* sino también en sus nietas, bisnietos y —hasta ahora— un tataranieto. Aunque nunca habló mucho de sus afectos, este brillante periodista supo demostrar con fuerza su cariño a los más cercanos. «Cuando mi hijo Fernando tenía unos doce años —cuenta Constanza Lewis Silva— participó en una exposición científica en el Verbo Divino. Mi abuelo ya estaba muy enfermo, en cama, pero hizo un esfuerzo para ir a ver a su nieto regalón. Se le arrancó a Elena y cuando lo vimos llegar en un taxi, nos impresionamos. Fue la última vez que se levantó».³³

Colaboración de Nicolás Anwandter
y Trinidad Montalva

F I C H A P E R S O N A L

Nombre: René Silva Espejo. Nace en Antofagasta el 17 de marzo de 1904.

Padres: Manuel Silva Ávalos y Ema Espejo Ibáñez. Se casa en 1925 con Marta García y en 1978 con Elena Diessel. Hija: Ximena Silva García. Nietas: Constanza, Cecilia y Gloria Lewis Silva.

Estudios: Padres Franceses de Valparaíso. Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Egresó en 1927 como Profesor de Castellano y Filosofía.

Experiencia en la administración pública:

1923: Funcionario del Ministerio del Interior.

1930: Ingresó al Ministerio de Educación.

1931: Subsecretario de Educación.

Experiencia periodística:

1931: Ingresó al diario *El Imparcial* y llega a ser director.

1934: Funda y dirige el periódico *Trabajo*.

1935: Funda y dirige el periódico *El Sol*.

1935: Ingresó a la Sociedad Nacional de Agricultura.

1946: Redactor de *El Mercurio*.

1952: Subdirector de *El Mercurio*.

1961: Presidente del Consejo Nacional del Colegio de Periodistas.

1963: Director de *El Mercurio*.

Distinciones:

1956: Premio SIP Mergenthaler.

1957: Premio Nacional de Periodismo.

1958: Premio María Moors Cabot.

1961: Medalla Legión de Honor del gobierno de Francia.

1970: Premio Alberdi-Sarmiento de *La Prensa* de Buenos Aires.

1976: Doctor Honoris Causa de la Universidad de Chile.

Publicaciones:

Jr. Crónicas, Editorial Zig-Zag, 1961, ilustrada por Jorge Délano, Coke.

• Fallece en 1980 a los 76 años.

NOTAS

- 1 Entrevista a Lisandro Cánepa, editor nocturno y jefe de crónicas de *El Mercurio*.
- 2 Entrevista a Ramiro de la Vega, periodista y secretario personal durante cerca de treinta años.
- 3 *El Mercurio*, 28 de junio de 1980.
- 4 Entrevista a Lisandro Cánepa.
- 5 Entrevista a Guillermo Canales, Jefe de Documentación de *El Mercurio*.
- 6 Entrevista a Lisandro Cánepa.
- 7 Entrevista a Cristián Zegers.
- 8 Entrevista a Arturo Fontaine.
- 9 Suplemento especial revista Ya, 100 años de sociedad, otra mirada a un siglo de vida, *El Mercurio*, julio de 2000.
- 10 Revista *Ercilla*, 24 de agosto de 1977.
- 11 Ibid.
- 12 Ibid.
- 13 *Antología de redactores nacionales*, Editorial del Pacífico, año 1963, pág. 267.
- 14 Entrevista a Constanza Lewis Silva.
- 15 Filebo, *Escorzo de Rafael Maluenda*.
- 16 René Silva Espejo, Jr. *Crónicas*, Editorial Zig-Zag, 1961.
- 17 Entrevista Miguel Alex Schweitzer, abogado de *El Mercurio*.
- 18 Entrevista a la periodista Carmen Gardeweg.
- 19 Entrevista a Cristián Zegers.
- 20 Entrevista a Luis Deramond, Jefe de Fotomecánica de *El Mercurio*.
- 21 Luis Sánchez Latorre, *Los 90 años de Silva Espejo*, Editorial *Las Últimas Noticias*, marzo de 1994.
- 22 Ibid.
- 23 Entrevista a Ramiro de la Vega.
- 24 Suplemento especial Cien Años de *El Mercurio*, Imprimiendo la Historia.
- 25 Ibid.
- 26 Entrevista a Miguel Alex Schweitzer.
- 27 Suplemento Cien Años de *El Mercurio*.
- 28 Entrevista a Miguel Alex Schweitzer.
- 29 Juan Ramón Silva, Alfonso Calderón, *Maestros del Periodismo*, Editorial La Noria.
- 30 Entrevista Lisandro Cánepa.
- 31 Entrevista Ramiro de la Vega.
- 32 Revista *Ercilla*, 24 de agosto de 1977.
- 33 Entrevista a Constanza Lewis Silva.